



El ángel y su sombra

PABLO ESCANDÓN

*A María Isabel, Camila y Daniela,
las mujeres de mi corazón, de mi ingenio y de mi futuro.*

61

*...And what you say about his company
Is what you say about society?
Catch the witness, catch the wit
Catch the spirit, catch the spit...*

Tom Sawyer
Rush

Primera parte

62

Amén

Que te acoja la muerte
con todos tus sueños intactos.

Al retorno de una furiosa adolescencia,
al comienzo de las vacaciones que nunca te dieron,
te distinguirá la muerte con su primer aviso.

Te abrirá los ojos a sus grandes aguas,
te iniciará en su constante brisa de otro mundo.

La muerte se confundirá con tus sueños
y en ellos reconocerá los signos

que antaño fuera dejando,
como un cazador que a su regreso
reconoce sus marcas en la brecha.

Álvaro Mutis

La Revelación

Escuchaste el grito y partiste.

De batalla en batalla pasaste por todo
el servicio de guerra del hombre militante.

Luchaste dentro de la pequeña tienda de tu cuerpo,
pero mira, la arena de batalla parecía demasiado estrecha;
te sentiste sofocado y saliste corriendo para escapar.

Nikos Kazantzakis



I

o es la primera vez que veo esa sombra. Me ha perseguido en otras ocasiones, deslizándose entre piedras de civilizaciones antiguas.

En mi infancia, en Ingapirca, mi madre la capturó con esa cámara que tenía forma de paralelepípedo —me gusta esa palabra confusa e inteligente, suena a un insulto complejo de descifrar, elitista y excluyente—. La cámara paralelepípeda —recuerde insultar a alguien diciéndole paralelepípedo y compruebe su iracundia— era de una tía y, luego de dos años de permanecer en el cajón de la cómoda de mis padres, cuando la molesta dueña pidió su cámara — con un airado reclamo por no poder fotografiar todavía a su hijo y decía no tener imágenes de su primogénito—, se pudo revelar ese rollo Kodak de colores amarillo y negro en forma de bocina de teléfono. Al mirar nuestras fotografías de hacía dos años, pude notar que la sombra integraba el grupo familiar, pero mi padre dijo que era un dedo en la lente o que la película, por haber estado guardada tanto tiempo, se había dañado, precisamente en esa parte... Y bueno, algo de razón podía tener porque luego de dos años de estar entre pomadas, jugos derramados y mentol, algo le pudo pasar al rollo; siempre que jugábamos con mi hermano, abríamos la cámara y sacábamos el rollo para simular un arma espacial.

Años más tarde, la misma figura estuvo en Tomebamba: corría por las terrazas de la primera urbe inca en nuestro territorio y se perdió en el muro del recién inaugurado museo, entre dos llamas que pastaban atentas a nuestra presencia; mientras rumiaban, nos miraban con superioridad —siempre tuve la impresión de que las llamas, las vicuñas, las alpacas, los huanacos, todos los camellos de los Andes, son seres superiores. No es su cuello ni la forma de su cabeza, por lo que nos miran así: son seres milenarios, sabios y guardianes del conocimiento ancestral. Saben mucho y miran nuestros errores y los sancionan desde su alta moral camélida.

En Teotihuacán, la sombra se coló por el callejón entre las dos pirámides donde está la serpiente emplumada; pude escuchar un silbido prolongado y alegre cuando se escabullía por las porosidades del tezontle. En el Templo Mayor

de Tenochtitlán suplantó a la sombra de un turista asiático; se podía notar la desproporción y, cuando se percató de mi descubrimiento, se perdió debajo del techado donde está la piedra tallada con forma humana para los sacrificios, conocida como Chac Mool.

En Machu Picchu, estuvo en la ciudadela, fingiendo ser la proyección del cuerpo de varios turistas, se transformaba en niño, en mujer, en anciano; en el puente Inca, precisamente cuando la neblina nos cubría, se evaporó y reapareció en el mercado de Cusco, entre las figuras de las indígenas que ofrecían pequeñas ranas verdes que parecían de goma dulce. Cusco es una urbe misteriosa y enigmática donde el turismo ha degradado a los camellos de altura, los turistas se retratan con ellos y sus dueños cobran por el instante capturado. Esos animales no son sabios; al contrario de los que viven libres, estos tienen ojos cansados y una actitud de hastío, nada señorial ni superior frente a los seres humanos, como todo esclavo urbano.

Aquí en el monte Pindo, en la Costa da Morte, frente al cabo de la finis terrae romana, entre las ruinas de una edificación circular cubierta por vegetación muy parecida a la del páramo bajo de la serranía andina, mientras mi guía peleaba con el vendaval por no dejarse arrebatar el sombrero, la he visto nuevamente: se filtró por los entresijos de la argamasa milenaria y la agreste vegetación como un chorro de tinta negra en agua que busca su cauce para diluirse.

—No hay duda —dijo Manolo—. Esta fue una edificación. Mira la estructura de las piedras —mientras señalaba los hoyos labrados en las rocas—. Eso no lo hace el viento, ni las zarzas ni los pájaros, solamente unos brazos fuertes y hábiles para edificar un buen otero... Por aquí hay que buscar los sitios donde cagaban y donde cocinaban: allí está la información importante... Mira, aquí se ve que se levantaba la pira —y con el cayado removió la tierra y se pudieron ver huesecillos y espinas.

—Aún se siente que esto está habitado —dije.

—De recuerdos y espíritus que se mueven siempre —contestó—. Este es un sitio muy magnético. Desde esta cumbre se divisa y se controla toda la bahía. Aquí vivieron y murieron muchos hombres, celtas, romanos e incluso vikingos, defendiendo o cuidando el mar.

Bajamos lo más rápido que pudimos, pues nos esperaba la celebración del último año santo en la plaza de Santiago de Compostela y durante el viaje de

regreso, aproveché para cerrar los ojos y recordar cómo fue mi visión de la sombra. Me inquieta mucho porque la siento muy cercana a mí y, en sus fugas, tengo la impresión de que pierdo algo.

En el sosiego del viaje de regreso, mientras Manolo ponía rock celta con gaitas, el sol empezaba a bajar y su luz dibujaba en la carretera una gran barca de velamen hinchado —aquí en el final de la tierra, la inclinación y el color de los rayos crean sombras complejamente bellas y con perspectiva que, proyectadas en piedras cubiertas por líquenes que van del amarillo al naranja, pintan las mejores escenas propias del más puro expresionismo, diferente al sol recio, punzante e hiriente de las tierras equinocciales que forma sombras chatas—. De a poco, el vaivén de la navegación y el viento, que se filtraba por el parabrisas entreabierto, me arrullaron y en un abrir y cerrar de ojos desperté cuando mi timonel atracó el todoterreno.

El acceso a la plaza estaba más restringido que en ediciones pasadas. A un costado y por detrás de la Catedral, permanecí más de cinco horas de pie, en plena soledad, a pesar de la multitud, sin conocer a nadie, a la espera de que se abrieran los cercos para admirar la plaza en la noche cuando la presencia de Iago se reveló a los gallegos en el bosque del Libredón. De igual manera, entre los juegos pirotécnicos y la pólvora que se impregnaba en todos los que levantábamos la cabeza para mirar las explosiones multicolores, la sombra me envolvió, encubierta entre la bruma de la pirotecnia, el aliento de los turistas y los pocos fieles del apóstol.

Dejé la primera fila en donde pugnaba para poder entrar a la plaza y me senté a un costado, junto a la portería de piedra labrada del Palacio del Obispo. Frente a mí estaban dos jóvenes bebiendo algo de un termo y no recuerdo más. Desperté al día siguiente, sin ningún faltante en mi honor ni en mi vestimenta. Los rastros de la gente agolpada en el callejón de acceso habían sido recogidos y la ciudad vieja había recuperado su movimiento turístico. El olor a pólvora aún se sentía en mis narices y el recuerdo de las coloridas y bellas explosiones en el cielo se mezclaban con imágenes de un hombre calvo que me entregaba un paquete y se desvanecía entre el cerco que impedía el paso al callejón que comunicaba con la plaza que llaman Obradoiro. Revisé mi chaqueta y encontré una bolsa de tela, la abrí y conté cincuenta y dos paralelogramos amarillentos y recios —paralelogramo es otra palabra que me gusta—, flexibles como naipes, del cuero de un animal menor

en los que aún se podía ver el surco de las venas y, en algunos, el abollamiento del músculo crecido. Me levanté y fui a la plaza; me acosté en el centro, como si hubiera logrado mi merecida Compostela, luego del viaje de transformación interior, y admiré la fachada de cartón que precedía a la hermosa y amarillenta Catedral. Vi al Santo Iago con su espada y detrás, en el edificio del Ayuntamiento, el mismo apóstol sobre un caballo rampante... En ese momento, sentí un frío que, curiosamente, calentó mi nuca y congeló mi trasero. En el bolsillo de la chaqueta, sentí cómo los naipes empezaron a barajarse...

II

En Barajas, durante cinco horas sin WiFi y entre el bullicio de los acentos impostados que se silenciaban cada vez que los altavoces irrumpían con los anuncios de puertas asignadas a los vuelos para los respectivos abordajes, me dediqué a revisar detenidamente las cincuenta y dos tarjetas de pergamino.

Al sacar los pequeños cueros de la recia tela mal cosida, los viajeros vestían ropa inadecuada y parecían animales disfrazados con vuelos, randas y encajes, como si fueran parte de un libro de grabados cómicos de época; al devolverlas a la funda, las ropas cambiaron, pero, no dejaron de verse como un exotismo asimilado a otra cultura, como caricaturas de ellos mismos, dibujadas por mano propia. Parecía una comparsa carnavalesca que se tomaba el Airbus y su jolgorio duraría más de diez horas de desmesura.

El abordaje estaba próximo, el nerviosismo y la avidez de los viajeros mostraban que su actitud era de competencia, de querer llegar primero para ocupar el mejor asiento, como si fuese una fiesta popular en donde no hay sitios definidos, sino que el primero en ocupar, traza su territorio.

Estábamos en una competencia por ganar espacio; quienes abordaron al último no tenían mayor lugar para sus maletas de mano, los compartimentos superiores fueron ocupados con fundas de El Corte Inglés, maletas que debían ir en bodega, pero para sus dueños eran equipaje de mano, bolsos donde no cabía ni un pensamiento tonto y cajas de cartón embaladas de diversas formas: cruces, círculos, varas, árboles; y lo más terrible: las carteras de las mujeres, cuidadas con mucho celo, en donde se podían encontrar desde polvorones hasta calzones. Todo

era equipaje de mano frágil, como la vida y el trabajo en la península, como el triunfo del emigrante ecuatoriano de Saquisilí, Paute o Daule frente a los parientes y amigos que no ostentan el cabello decolorado en mechadas, ni faldas diminutas con botas altas, ni aretes que hacen juego con la gorra almidonada o con el pequeño sombrero de paja toquilla madein Gualaceo de marca europea.

Por fortuna, ninguno de ellos sabe lo que es un paralelepípedo ni un paralelogramo, ni les interesa, ni falta que les hace, pues su vida no es sólida sino muy fugaz como una elipse, como el tinte de sus cabellos, como la moda que lucen.

Abordé entre los últimos pasajeros; me sentía como si viajara en primera clase, pero mi presupuesto no me lo permitía, y, además, mi interés estaba enfocado en comprobar si se repetía el orden de las mismas cinco fichas de cuero: la primera venía marcada con el año de 1767, le sucedió otra con el perfil de la Audiencia de Quito, la tercera tenía la efigie del fundador de los jesuitas, la cuarta, un barco y, en la quinta se veía a un caminante entre árboles.

Cada vez que mezclaba los pergaminos en la funda, volvían a salir las mismas imágenes en igual orden. Las demás aparecían vacías.

III

Uno de mis pasatiempos es archivar la prensa local de los sitios donde he estado. Luego del arribo a la casa, lo primero que hago es guardar los periódicos en su estante respectivo y poner el año y la ciudad. Los ejemplares comprueban mi estancia o paso por el lugar, y sirven de contexto histórico para recrear mi visita. Cuando quiero recordar el viaje, no miro fotografías, sino que recurro al periódico y me acuerdo del día, del sitio donde lo compré y de lo que hice, con quién estuve y cuál fue el motivo del viaje.

Al guardar los ejemplares de La Voz de Galicia, junto a los de la prensa de Machala —antes de ir a Europa, fui a la provincia de El Oro; allí no vi a la sombra porque solo hay mariscos y banano, nada de vestigios históricos—, bajé la mirada y me percaté que una edición del año 2006 del Diario El Norte, de Ibarra, estaba fuera de orden. Lo tomé suavemente y recordé que lo compré en el parque Moncayo, frente a la Catedral.

Debo indicar que solo compro los diarios en zonas que tengan relación con el periodismo; busco un vínculo significativo entre los medios y la actividad de la ciudad y en esa ocasión el nexo fue don Pedro Moncayo, quien ejerció el periodismo de opinión cuando nuestra nación estaba en pañales, en las páginas de El Quiteño Libre. Era domingo y en la revista familiar, encontré una entrevista, acompañada de una nota, a un historiador que andaba investigando sobre los jesuitas expulsados de la Audiencia de Quito. Busqué el texto. Me senté en el piso y encendí la lámpara móvil que la tengo sujeta entre los anaqueles. Moví el foco hacia el papel que aún conservaba su color original y leí el texto:

“No todos los jesuitas se fueron al extrañamiento.”

Entrevista a Giovanni Tapia, investigador de la Universidad de Bolonia.

Ítalo—ecuatoriano recoge pasos históricos en El Ángel.

Tulcán, 05/10/2006

Con libreta en mano y grabadora, Giovanni Tapia parece un periodista extraviado en busca de un entrevistado inexistente, pues está empeñado en encontrar a un sacerdote jesuita que no salió con todos los demás, en el siglo XVIII, según sus investigaciones. Giovanni es el hijo mayor de un matrimonio de emigrantes ecuatorianos que se asentó en la región de Ravena, estudió historia en la Universidad de Bolonia y su interés por el Ecuador le viene gracias a los relatos de su padre y a los libros de historia que éste había llevado al Viejo Continente para que sus hijos no olvidaran sus raíces.

¿Usted es más italiano que ecuatoriano?

Yo nací allá, pero mis ancestros son de acá, así que donde se nace es un accidente. En mi casa, todo hace alusión al Ecuador: los tapices, los cuadros... hasta las cobijas. Mi mamá siempre cocinaba platos ecuatorianos.

Entonces es más ecuatoriano que italiano...

Tengo de las dos culturas, pues mi instrucción formal es italiana, pero mi educación es ecuatoriana.

Su español es bueno y no tiene acento, ¿a qué se debe eso?

En mi casa siempre se habló español y en la escuela, el italiano.

¿Qué ha venido a hacer en Ecuador?

Estoy preparando mi trabajo de tesis doctoral en Historia, en la Universidad de Bolonia, y he conseguido que la universidad pague mi investigación acerca de un jesuita, estudiante de Teología, que no salió hacia Italia con los demás religiosos, en el siglo XVIII.

¿Por qué ese interés?

Mi papá me daba a leer libros de texto, de los que se usan aquí en Ecuador en los colegios, para que conociera la historia, de dónde provenían mis ancestros; entonces allí leí lo de los jesuitas del extrañamiento, lo del Ocioso de Faenza y de la Historia del Reino de Quito, de Velasco. Mis trabajos académicos siempre han sido en torno a los jesuitas expulsados de los dominios españoles, exactamente a la región de Ravena, de donde yo soy. La cercanía a las fuentes y a los archivos me facilitó el trabajo.

¿Cómo se enteró de este cura perdido?

En una carta escrita por el padre Cicala, desde Sicilia, al padre Juan Bautista Aguirre, director del colegio jesuita en Ravena, se menciona a un hombre de la congregación que no pudo marcharse con ellos, entonces me interesé por conocer quién era este hombre y saber si otros jesuitas se quedaron en estos territorios.

¿Y por qué en los páramos de El Ángel?

Porque en la carta, el padre Cicala menciona los frailejones del norte de la provincia de Quito, el frío y la luz particular de la zona.

¿Desde cuándo inició su investigación?

Son apenas dos meses y me encuentro en el proceso de levantamiento y recolección de la información in situ, ubico a los pobladores más ancianos para preguntarles acerca de alguna historia o información sobre un religioso sin comunidad.

¿Qué resultados ha obtenido?

Hasta el momento, muy poca información, pero aún me falta cerrar el perímetro hasta la gruta de La Paz.

Luego, ¿qué más hará en nuestro país?

Simultáneamente a este trabajo, investigo en museos, bibliotecas,

archivos, oficinas, etc., todos los libros y documentos existentes, y en algunos he encontrado indicios de la existencia de este hombre, por eso puedo afirmar que no todos los jesuitas se fueron al extrañamiento.

¿Por qué ningún historiador ecuatoriano ha descubierto lo que usted está investigando?

No lo sé. Debe ser que este acontecimiento no es importante para ellos, pero para mí es fundamental, porque crecí con las historias de estos sacerdotes.

¿Ha tenido contacto con algún historiador ecuatoriano? Ayala Mora, Salvador Lara.

Fui a la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit y a la del municipio de Quito, pero no he establecido comunicación con nadie, hasta ahora, porque a los historiadores laicos y aun a los religiosos tan solo les interesa la producción científica e intelectual de los exiliados.

¿Para cuándo cree usted que tendrá datos exactos o aproximados?

En el país estaré diez meses más para la investigación in situ, luego, con lo recolectado regresaré a la universidad y desde allí prepararé el informe, lo defenderé y luego quiero publicarlo aquí. Todo esto llevará cerca de dos años.

¿Y qué ocurrirá si no es verdad la existencia de este sacerdote anónimo hasta ahora?

Tendré que interpretar de otra manera el mensaje en la carta del padre Cicala, pues ese es el dato inicial de mi investigación.

¿Ahora a dónde viajará?

Tengo que ir hacia San Isidro, en donde hay referencias aún inexactas que debo levantar y confrontar.

Un Indiana Jones, hijo de ecuatorianos

Giovanni Tapia nació en la ciudad italiana de Ravena, a tan solo kilómetros de distancia de Faenza, en donde nuestro insigne primer historiador, el padre Juan de Velasco, se radicó y murió, luego de que en el siglo XVIII por orden del Rey de España todos los jesuitas abandonaran sus dominios, de lo contrario serían tratados como delincuentes.

Giovanni no tiene pinta de italiano, más bien parece ser de Latacunga, pues de allí son sus padres, Antonio y Laura, quienes emigraron en los años setenta, primero a la ciudad de Verona y luego se asentaron en Ravena, pues allí encontraron mejores oportunidades de trabajo.

Giovanni es el primero de tres hermanos y agradece a sus padres que nunca dejaron de recordarle cuáles eran sus raíces: “Ellos siempre nos contaban del Ecuador, de sus paisajes, tradiciones, fiestas, nos mostraban fotos, nos hacían comida ecuatoriana”, afirma.

La letra del Himno Nacional no es desconocida para Giovanni, quien cuenta que siempre asistió a los campeonatos de fútbol, pelota nacional y demás deportes organizados por los compatriotas residentes, y en todas las ocasiones se entonaban nuestras sagradas notas.

La vida de Giovanni fue como la de cualquier niño, pero con una gran diferencia: “Mi padre siempre me contaba de la historia del padre Juan de Velasco, del país y del reino de Quito... Eran historias fabulosas que hacían que me interesara por esta región y por esos hombres que la habían vivido y que tuvieron que salir exiliados... A la final estos sacerdotes eran como yo y como mis padres...”. Entonces se interesó por la historia y cuando finalizó el bachillerato decidió su carrera como investigador.

“También influyó en mí Indiana Jones, ese gran personaje de Spielberg, y ahora se cristaliza ese sueño de recorrer el mundo”, cuenta con gran ilusión.

Sin el sombrero del Dr. Jones ni su látigo, el futuro Dr. Tapia se siente como él y quiere encontrar momias, edificios en ruinas y documentos perdidos. “Esa es la meta de todo historiador, encontrar lo perdido en el tiempo y recuperarlo para que no se vuelva a extraviar en la memoria, que es lo más importante”, afirma con la convicción de un hombre de ciencia.

* * *

Estudiante secundario ayuda a historiador

Francisco Velasco, del sexto curso del Colegio Nacional El Ángel, es el acompañante de Giovanni Tapia, investigador ítalo-ecuatoriano que se encuentra en nuestra tierra para investigar la existencia de un jesuita que no

salió de nuestro territorio cuando el Rey de España dispuso que todos los sacerdotes de la Compañía de Jesús se marcharan de sus dominios en el siglo XVIII.

Francisco Velasco fue escogido por el propio Tapia, ya que el alumno conoce como nadie la Reserva Ecológica de El Ángel y porque ha colaborado con varios grupos de rescatistas en expediciones para encontrar a turistas extraviados.

Velasco es un privilegiado en el colegio, ya que tiene permiso para salir a cualquier hora de clase y para faltar indeterminadamente, pues según el rector del Colegio: “esta es una oportunidad que no se volverá a presentar y el alumno debe aprovecharla al máximo, pues de esta experiencia es muy probable que Velasco se decida por la historia”.

Hasta el momento, Francisco Velasco solo ha ayudado a Tapia los fines de semana y se muestra ansioso de hacerlo los días que tiene clases o por lo menos las tardes.

La lectura de esta nota fue una revelación. Mi asombro y excitación fueron tales que dejé caer el ejemplar y corrí a consultar mis naipes de pergamino que se presentaban, nuevamente, en el mismo orden: 1767, el perfil de la Audiencia de Quito, la efigie del fundador de los jesuitas, un barco y el caminante en el bosque.

